

«NACER PÓSTUMO» INACTUALIDAD, DISTANCIA Y ALTERIDAD:
LA «LEGIBILIDAD» DEL TEXTO NIETZSCHEANO

«Posthumous Born», Distance and Otherness:
The «Legibility» of the Nietzschean Text

Céline Denat

Universidad de Reims, Francia

RESUMEN: El término «póstumo», usado frecuentemente por Nietzsche en sus escritos, ha sido atribuido como cualidad a su obra, debido a ese carácter inédito de la misma que impedía a sus contemporáneos el poder comprenderla. Este texto analizará con detenimiento dicho término precisando, en primer lugar, como solo los hombres son póstumos, cómo solo ellos pueden tener un nacimiento póstumo; en segundo lugar, intentará aclarar por qué Nietzsche no espera nada de sus lectores actuales por esa distancia que toma en sus escritos, por esa búsqueda incompreensión. De este modo, se expondrá cómo, cuando Nietzsche se refiere a su nacer póstumo, está aludiendo a esa dimensión futura o inactual de su pensamiento.

Palabras clave: póstumo – distancia – comprensión – autoridad

ABSTRACT: The term «posthumous», which was frequently used by Nietzsche in his writings, has been attributed as a quality to his work, because its unprecedented nature prevented his contemporaries from understanding it. This paper discusses in detail the term specifying, first, that, as only men are posthumous, only they can have a posthumous birth; second, trying to clarify why Nietzsche did not expect anything of their current readers because of the distance he took in his writings, for the reason that he sought being misunderstood. Thus, we will show that, when Nietzsche referred to his posthumous birth, he alluded to the future or outdate dimension of his thought.

Keywords: Posthumous – Distance – Understanding – Authority

El bien conocido tema nietzscheano de los hombres «póstumos», y del «nacimiento póstumo», solo es formulado explícitamente por Nietzsche a partir de 1886, en el libro V de la *La gaya ciencia*¹. Se vuelve más determinante sobre todo dos años más tarde, es decir, en la época en la que redacta el *Crepúsculo de los ídolos*, *Ecce Homo* y *El Anticristo*. Es que, en efecto, este tema se articula claramente con uno de los elementos característicos de estos escritos, es decir con una preocupación que se convierte, como lo notado P. Wotling, en «el problema central a partir del cual se organiza a partir de ese momento el conjunto de su actividad»². Esta pre-

1. GC § 365.

2. Cf. «Introduction» a *Crépuscule des idoles*, trad. de P. Wotling, Paris: Garnier-Flammarion, 2005, p. 77.

ocupación concierne a la cuestión de la *recepción* de su pensamiento, es decir, al mismo tiempo a la posibilidad de que su obra adquiriera *autoridad* y constituya un instrumento susceptible de transformar efectivamente a sus lectores, y más allá de ellos quizás a la humanidad, apelando a la destrucción de los valores antiguos y a la creación de nuevos valores.

Y es evidente, en efecto, que los textos en los que Nietzsche hace uso explícitamente de esta fórmula: «ser» o «nacer póstumo», son textos que trabajan el problema de la *comprensión*, y en realidad del carácter necesariamente *difícil de comprender* que tienen sus escritos para la mayoría de los hombres del presente, por lo que remite la posibilidad de una comprensión tal a un futuro indeterminado, como es el caso del comienzo de *El Anticristo*:

Este libro pertenece a los menos. Tal vez no viva todavía ninguno de ellos. Serán, sin duda los que comprendan mi *Zaratustra*: ¿cómo me sería *lícito* confundirme a mí mismo con aquellos a quienes ya hoy se les hace caso? Tan solo el pasado mañana me pertenece. Algunos nacen de manera póstuma³.

Este es el sentido generalmente admitido de la afirmación según la cual «algunos nacen de manera póstuma», y que justifica en efecto el contexto en el que se sitúa con frecuencia: el carácter *inédito* del pensamiento y de los escritos de Nietzsche tendría como consecuencia necesaria su carácter difícil de comprender y de leer para la mayor parte de los hombres del presente (los hombres «actuales» o «modernos»), demasiado habituados a maneras totalmente diferentes de pensar y escribir⁴. Por esta razón, sería necesario aún un largo período de tiempo para que aparezcan lectores susceptibles de comprenderlo, y por lo tanto de leerlo auténticamente, de manera tal que, en efecto, las obras de Nietzsche estarían condenadas a «adquirir vida» solo después de la desaparición de su propio autor, por lo tanto de manera *póstuma*. La originalidad de los hombres «póstumos» es lo que los condena a no poder frecuentar los hombres mientras están vivos, porque ellos mismos y sus obras permanecen inaccesibles al mayor número de sus contemporáneos: como lo declara uno de los «hombres póstumos» que describe en *La gaya ciencia*, «solo después de la muerte naceremos a *nuestra* vida y nos volveremos vivientes, ¡ah! ¡muy vivientes! nosotros, hombres póstumos»⁵.

Y es la misma idea que se encuentra, al parecer, en el capítulo de *Ecce Homo* titulado «Por qué escribo libros tan buenos»:

Antes de hablar de ellos [mis escritos] tocaré la cuestión de si han sido comprendidos o *incomprendidos*. Lo hago con la dejadez que, de algún modo resulta apropiada, pues no ha llegado aún el tiempo de hacer esa pregunta. Tampoco para mí mismo ha llegado aún el tiempo, algunos nacen póstumamente. [...] estaría en completa contradicción conmigo mismo si ya hoy esperase encontrar oídos y *manos* para *mis* verdades...⁶.

Resumamos: siguiendo esta lectura inicial y común, Nietzsche se caracteriza como «póstumo» esencialmente en la medida 1) en que remite sus escritos a una

3. AC Prefacio.

4. Cf. GM Prefacio § 8: «la 'legibilidad' de mis escritos no es para mañana».

5. GC § 365.

6. EC § 1: «Ich selber bin noch nicht an der Zeit, Einige werden posthum geboren».

perspectiva de *futuro*, a aquello a lo que «no le ha llegado *aún* el tiempo», a un «pasado mañana» aún indeterminado, a lectores que «aún no han nacido». Esto implica asimismo 2) que Nietzsche envía también a ese futuro, susceptible de hacer surgir lectores que por fin lo comprendan, la posibilidad de que sus escritos posean autoridad para los —o por lo menos para algunos— hombres, y de convertirse así de alguna manera en un instrumento de cultura y adiestramiento de la humanidad.

Nuestro propósito aquí no consistirá en oponernos frontalmente a esta interpretación, que, en efecto, está claramente justificada por los textos que hemos citado antes. Pero intentamos mostrar, sin embargo, que es incompleta, imprecisa en cuanto al primer punto (1) e inexacta en cuanto al segundo (2), de manera tal que debe ser a la vez profundizada y modificada si se quiere, por una parte, comprender plenamente lo que Nietzsche desarrolla aquí respecto de sí mismo y de la especificidad, así como de la posible autoridad de sus escritos, y, por otra parte, ver qué articulación debe pensarse entre la idea, tardía en los textos de Nietzsche, de «ser póstumo» y la noción de «inactualidad» que tematizaba desde sus primeros escritos filosóficos.

1. ¿QUÉ ES UN HOMBRE «PÓSTUMO»?

La primera imprecisión de la interpretación común de las fórmulas que nos interesan proviene de que reina en ella una confusión, o por lo menos una indecisión, de lectura: se dice, en efecto, que Nietzsche considera que *su obra* solo será comprendida, y tendrá autoridad, de manera póstuma. Es necesario, sin embargo, comenzar por señalar que lo que Nietzsche caracteriza de «póstumas» *no son sus obras*: lo que califica de ese modo son siempre *hombres*, tanto en *La gaya ciencia* como en las obras y fragmentos posteriores. Si en un primer momento la distinción puede parecer solo verbal, hay que indicar sin embargo que el comienzo del texto de *Ecce Homo* que hemos citado antes nos invita precisamente a no confundir pura y simplemente el hombre y sus escritos: «Yo soy una cosa», apunta Nietzsche, «lo que yo escribo es otra», y solo sobre el fondo de esta distinción tiene sentido la afirmación precisa que se hace a continuación: la cuestión de la comprensión de sus obras no está «aún a la orden del día», y más aún, «*él mismo*» no está a la orden del día, lo que da lugar en efecto a la fórmula: «algunos nacen póstumos».

En consecuencia, conviene recordar que el epíteto «póstumo» aplicado a hombres, al igual que la fórmula «nacer póstumo», tienen un sentido perfectamente admitido, que sin embargo no se toma la pena de recordar y que, por lo tanto, no es tomado nunca en cuenta en la comprensión usual de esta afirmación de Nietzsche.

Pues en su significación usual estas fórmulas no remiten de ningún modo al futuro, al momento en el que el hombre mismo habrá desaparecido y en el que solo sobrevivirán sus obras. Al contrario, remiten a una dimensión *pasada*, a lo que *precede* al individuo y no a lo que vendrá a continuación. «Nacer póstumo» significa, en efecto: nacer después de la muerte de uno de sus padres. Un historiador o un genealogista recordará, por ejemplo, que el rey Enrique VII es un «hijo póstumo»⁷ de Edmond Tudor, o que ha «nacido póstumamente» (*posthum geboren*), es decir

7. «Ein posthumer Sohn, ein posthumes Kind».

después de que su padre había muerto. Quien se interesa por la mitología griega podrá decir con razón que Asclepio ha «nacido póstumamente», cuando su madre ya había sido matada por Artemisa. Y el lector de novelas del siglo XIX recordará quizás que David Copperfield se describe en las primeras páginas de la novela de C. Dickens como un «hijo póstumo» (*a posthumous child*)⁸.

Nietzsche no podía ignorar el uso y el sentido admitidos de tales fórmulas, como lo atestigua por otra parte el hecho de usa un enunciado similar al citar a H. Taine en un fragmento de 1886-1887, fórmula que hace de Napoleón «el hermano póstumo [*der posthume Bruder*] de Dante y de Miguel Ángel»⁹: se trata de pensar aquí un «hermano» metafórico, al que lazos no biológicos sino «típicos» (su carácter de artista, de hombre creador, etc.) unen con sus «antepasados», y que sin embargo ha nacido mucho después de la desaparición de estos últimos.

Así, aquel que se dice «nacido póstumo» no es *ante todo* quien sabe que debe esperar un futuro *post mortem*. Se trata aquí más bien de pensar y decir una cierta relación particular a los que le *preceden*, es decir un lazo de *ascendencia* con una figura ahora *ausente*: el niño o el hombre «póstumo» son aquellos a los que le faltan los ascendientes, los «padres» reales o metafóricos a los que deben su nacimiento y alguno de sus caracteres, y a los que sin embargo no les está permitido dirigirse por el hecho de su muerte, y por tanto de su ausencia.

Ahora bien, es conocida la importancia que le atribuye Nietzsche a la cuestión de la herencia a lo largo de toda su obra y hasta sus últimos escritos. Incluso la independencia del pensador de espíritu libre, el coraje y la fuerza característicos del filósofo, deben pensarse sobre el fondo de esa herencia, como lo mostraba muy bien en *Más allá del bien y del mal*¹⁰. Para pretender llegar a la «perfección» en cualquier tarea no se puede pretender hacerlo *ex nihilo*: hay que tomar «la ruta de los antecesores»¹¹. De allí la necesidad para Nietzsche de pensar las relaciones y la continuidad que son susceptibles de unirlos a ciertas individualidades pasadas, de las que podrá pensarse como el «heredero». Se podría recordar en ese sentido que al comienzo de *Ecce homo* Nietzsche nos dice que (si bien no haya «nacido póstumo» en el sentido estricto del término), «en tanto que su propio padre» ya está «muerto», y que se considera como aquel en quien su padre sobrevive, «después de una muerte prematura»¹². No obstante, Nietzsche no se interesa jamás por una ascendencia simplemente biológica, tal como lo recuerda claramente en la misma obra: para las naturalezas más fuertes, afirma, la ascendencia auténtica no se reduce jamás a la ascendencia «natural», sino que

8. Lo que los traductores alemanes vierten con la fórmula: *ein posthumes, o ein nachgeborenes Kind* (trad. de G. Meyrink, 1910).

9. FP IV 5[91]: «De pronto se despliega la *faculté maîtresse*: el artista, encerrado en el político, sale de *sa gaine*; crea *dans l'ideal et l'impossible*. Se lo reconoce como lo que es: el hermano póstumo de Dante y de Miguel Ángel: y en verdad, por los firmes contornos de su visión, por la intensidad, la coherencia, la lógica interna de su sueño, por la profundidad de su meditación, por la magnitud sobrehumana de su concepción, es igual a ellos y es *leur égal: son génie a la même taille et la même structure; il est un de trois esprits souverains de la renaissance italienne*».

10. MBM § 213: «derecho a la filosofía —tomando esta palabra en el sentido grande— solo se tiene gracias a la ascendencia, también aquí son los antecesores, la 'sangre', los que deciden».

11. HH I § 592.

12. EH «Por qué soy tan sabio» §§ 1 y 5.

implica una ascendencia más elevada, una herencia que no está dada sino que debe ser reconstruida por el propio pensador:

Con quien menos se está emparentado es con los propios padres: estar emparentado con ellos constituiría el signo extremo de vulgaridad. Las naturalezas superiores tienen su origen en algo infinitamente anterior y para llegar a ellas ha sido necesario estar reuniendo, ahorrando acumulando durante larguísimo tiempo. Los grandes individuos son los más antiguos: yo no lo entiendo, pero Julio César podría ser mi padre — o Alejandro, ese Dioniso de carne y hueso...¹³.

Nietzsche se describe aquí efectivamente como un hijo *póstumo*: hijo póstumo no de su «padre» sino de «grandes individuos» entre «los más antiguos», de los que se considera el heredero. Este texto no es de ningún modo una excepción: Nietzsche ha exigido regularmente, a lo largo de toda su obra, que el pensador se preocupe de la historia con el fin de pensar e inscribirse en esa comunidad que reúne los «genios», los grandes individuos, los hombres creadores, más allá de las barreras del tiempo¹⁴; y él mismo se ha inscrito regularmente en una comunidad tal, es decir en la continuidad de una herencia y una «genealogía»: Goethe, Spinoza, o incluso Platón, forman parte entonces de esos «ancestros» de los que Nietzsche se presenta a veces como heredero¹⁵, o como hijo *póstumo*.

Al caracterizarse como hombre «póstumo», Nietzsche no nos indica pues solo la dimensión futura de su pensamiento; nos invita al mismo tiempo a pensar la necesaria inscripción en el pasado que también supone este pensamiento — y, como se verá, sus posibilidades mismas de futuro.

2. SER «PÓSTUMO», SER «INACTUAL»: LA RELACIÓN CON EL PASADO COMO CONDICIÓN DE LA DISTANCIA RESPECTO DEL PRESENTE

Hay que ver entonces que, aunque el término «póstumo» no esté explícitamente presente en los escritos de Nietzsche antes de 1882, es necesario decir sin embargo que la misma idea aflora ya en los textos anteriores a esa época. Porque Nietzsche no ha dejado de insistir en la particular dificultad de que el verdadero espíritu libre se encuentra necesariamente aislado en el medio de su época y de los hombres que permanecen «esclavizados» a los valores y las creencias características del tiempo presente. Más precisamente: el espíritu libre se encuentra privado de interlocutores vivos o actuales ante todo porque se encuentra más cerca de ciertos valores o de ciertos tipos de hombre que pertenecen al pasado.

Desde la época de las *Consideraciones intempestivas*¹⁶, Nietzsche describía efectivamente de esta manera la posición singular del filósofo y espíritu libre auténtico, que se encuentra condenado al aislamiento en su propia época justa-

13. EH «Por qué soy tan sabio» § 3.

14. Cf. SE § 9.

15. «Cuando hablo de Platón, de Pascal, de Spinoza o de Goethe, sé que su sangre circula en la mía — me siento orgulloso cuando digo la verdad acerca de ellos — la familia es lo bastante buena de modo que no hace falta inventar ni ocultar nada», FP III 12[52].

16. Mantengo el título de *Consideraciones intempestivas*, consagrado en castellano, pero en el texto traduzco el *actuel* francés por «actual» e «inactual», para una mejor comprensión del artículo (N. del T.).

mente porque se dedica ante todo a pensar y hacer revivir esa «república de los genios» que viven en una «simultaneidad temporal» y a perpetuar así el «elevado diálogo de los espíritus»; el filósofo debe dar un giro histórico a su investigación, en la medida en que la «tarea de la historia es la de servir de intermediarios entre esos genios para, de ese modo, suscitar y sostener constantemente el despertar de la grandeza»¹⁷. El prefacio de la segunda *Intempestiva* determinaba también en ese sentido las condiciones de un pensamiento inactual: solo a condición de ser no solo un «hijo del tiempo presente» sino asimismo un «discípulo de épocas más antiguas», pueden hacerse «descubrimientos» y ejercer una «influencia» *inactual*, es decir «actuar en contra del tiempo, es decir sobre el tiempo y [...] en beneficio de un tiempo por venir».

Trabajar *sobre y contra* el tiempo presente, trabajar en nuevas posibilidades de futuro, requiere que se mantenga una relación con el pasado, con «épocas más antiguas». Se trata aquí de comprender que la capacidad de distancia que posee el espíritu libre respecto de aquello a lo que permanece esclavizado el gran número, no es ni un *dato* inmediato ni una capacidad de abstracción y de retiro puramente negativa respecto del tiempo presente: por el contrario, proviene de que el pensador, aunque es capaz de estar atento al tiempo presente, mantiene igualmente relaciones variadas con épocas diferentes de la actual, con tipos de hombre diferentes de los hombres «modernos». Ser *inactual*, en el sentido en el que lo determina el prefacio de la segunda *Intempestiva*, requiere pues ser un hombre *póstumo* en el sentido en que lo hemos determinado antes: un hombre que es capaz de inscribirse en una continuidad diferente de la que lo liga espontáneamente a su época, para convertirse en el heredero o el discípulo de hombres de otro tiempo y de otro tipo.

Estas relaciones las describirá *Aurora* como otras tantas «relaciones con los muertos»; así:

Cuanto más reflexionemos sobre todo lo que ha sido y será, tanto más pálido se volverá para nosotros lo que es ahora. Si vivimos con muertos y si morimos con su muerte, ¿qué son entonces los «más cercanos»? Nos volvemos más solitarios — porque todo el torrente de la humanidad pasa ruidosamente a nuestro alrededor. Nuestro ardor interior, que se refiere a todo lo humano, no cesa de crecer — y *por eso* vemos lo que nos rodea como si se hubiera vuelto más indiferente y más vago¹⁸.

La capacidad de reflexionar sobre «todo lo que ha sido y será», la capacidad, en otros términos, de vivir «con muertos» es condición no de la desaparición o de la negación, sino de la toma de distancia, y por lo tanto de la posibilidad de interrogar, el presente (lo que «es [...] hoy día») y los hombres que en principio nos son «más cercanos»: el presente deja de pesar con todo su peso para volverse más «pálido», «más indiferente y más vago».

Para el pensador capaz de no ser simplemente un «espíritu esclavizado» a su tiempo, escribe Nietzsche en la misma obra, «los muertos ocupan el lugar de los vivos e incluso de los amigos: y son los mejores que hayan vivido nunca»¹⁹. Antes

17. SE § 9.

18. A § 441.

19. A § 566.

aún, las *Opiniones y sentencias diversas* ya afirmaban claramente la necesidad que tiene el filósofo de un «diálogo con los muertos», con grandes individuos desaparecidos («Epicuro y Montaigne, Goethe y Spinoza, Platón y Rousseau, Pascal y Schopenhauer») que le aparecían al pensador como más vivos que los vivos mismos²⁰, que en cambio no podían ser para él interlocutores pertinentes.

El tema del hombre póstumo debe pensarse, pues, en la prolongación de la exigencia nietzscheana que se refiere a la dimensión *histórica*, y *en consecuencia inactual*, del cuestionamiento filosófico: es «inactual», en efecto, el pensador que es capaz no de situarse *fuera del tiempo* (el que es caracterizado como *unzeitgemässig* no es *zeitlos*), sino de ser *diferente* de los de su tiempo, desfasado de alguna manera respecto de su tiempo, es decir capaz ante todo de mantener una relación compleja y variada con *los tiempos*, con épocas diferentes de la actual, y de distanciar así lo que en un principio le era más cercano.

Al describirse como un hombre *póstumo*, Nietzsche vuelve a formular al final de su obra las condiciones de un pensamiento filosófico auténtico, que requiere en efecto inscribirse en la continuidad de una ascendencia lejana y desaparecida, y esto para no ceder a los prejuicios modernos, más en general al «*gran error*» que consiste en pensar que «nuestra época (Europa) representa *el tipo más elevado de hombre*. Por el contrario: los hombres del Renacimiento eran más elevados, y asimismo que los griegos...»²¹.

Es la reflexión sobre el pasado, sobre las posibilidades de vida y los tipos humanos variados de los que testimonia la historia²², y más aún que una simple reflexión, el hecho de llevar consigo y, por así decirlo, de encarnar esas posibilidades de vida diferentes, esos «tipos» pasados, lo que permite también reflexionar, y, llegado el caso, hacer que advengan valores y modos de vida diferentes de los que caracterizan y dominan la época actual, y por consiguiente nuevas posibilidades de futuro.

El hombre *póstumo* aparece así como el otro nombre del hombre *inactual*, un nombre que quizás permita decir de manera más positiva la dimensión de futuro de la tarea del filósofo que quiere pensar Nietzsche, pero que sin embargo no debe conducir al lector a olvidar o descuidar la dimensión pasada, histórica, que recubre asimismo esta formulación tardía.

3. LA AUTORIDAD DE LOS «HOMBRES PÓSTUMOS»:

LA DISTANCIA Y LA INCOMPRESIÓN COMO CONDICIONES DE LA AUTORIDAD

Pero para terminar hay que insistir aún en un último punto: en sus últimos escritos Nietzsche, como se ha dicho, liga el tema de los hombres «póstumos» a la cuestión de la *comprensión* y de la *autoridad* de sus escritos. En el prefacio del *Anticristo*, como en *Ecce Homo*, se trata de poner en evidencia sobre todo la dificultad, la casi imposibilidad incluso, de encontrar ya en el presente lectores e interlocutores susceptibles de comprenderlo verdaderamente: esos interlocutores *ya no están*, solo se los puede considerar como *venideros*. Pero el *Crepúsculo*

20. OSD § 408.

21. FP IV 5[89].

22. Cf. HHI § 261.

de los ídolos (y ciertos fragmentos póstumos preparatorios de esta obra) nos dice a este respecto algo más, y más preciso: «Los hombres póstumos —yo, por ejemplo— son peor comprendidos que los actuales, pero mejor oídos. Dicho con más rigor: no somos comprendidos jamás — y de ahí nuestra autoridad...»²³.

Hay que señalar aquí por supuesto en primer lugar que la antigua oposición *actual/inactual* deja lugar a la oposición *póstumos/actuales*, desplazamiento que confirma nuestra tesis anterior.

Pero más precisamente, Nietzsche nos proporciona aquí una tesis aparentemente paradójica: la autoridad de sus escritos, y más generalmente de los hombres que se puede caracterizar como póstumos, es proporcional no a la *comprensión* sino, al contrario, a la *incomprensión* que suscitan en sus contemporáneos. Ser «mal comprendido» (*schlecht verstanden*), e incluso «jamás comprendido» (*nie verstanden*), permite ser «mejor oído» (*besser gehört*), y tener así más «autoridad». ¿En qué sentido cabe comprender lo que en principio solo puede aparecer como una paradoja?

Hay que comprender en primer lugar que, habiendo renunciado Nietzsche a toda problemática estrictamente intelectualista, la cuestión de la «comprensión» deja de ser considerada como la condición necesaria de la «autoridad»: al contrario, si es cierto que «comprender» supone de alguna manera hacer propio, llevar a sí el discurso entendido o el texto leído, entonces es necesario decir en efecto con Nietzsche que *comprendre c'est égalier*²⁴, y que entonces un texto comprensible *por todos* sería un texto que no tendría autoridad *para nadie*. Un texto susceptible de *educar* a su lector debe presentarse de alguna manera como una prueba, como un texto difícil de comprender, que requiere —como Nietzsche insiste sin cesar, especialmente en sus prefacios— una tensión, esfuerzos (de paciencia, de lentitud, de rigor, de rumiar), un «aprendizaje»²⁵ que no solo modificará el acto de lectura sino también, y sobre todo, al lector mismo. La escritura no apunta aquí a *transmitir* un contenido de pensamiento que se trataría simplemente de *comprender*, sino a formar y suscitar lectores capaces de pensar a su vez de manera rigurosa, independiente, valerosa, inactual.

En otras palabras, hay que recordar que la *distancia* es para Nietzsche condición de la *autoridad* de un individuo tanto como de un escrito: a sus ojos, la relación de poder que se ejerce en la proximidad y sin distancia conduce en definitiva a una dependencia del que ordena respecto del que obedece. En este sentido, el carácter voluntariamente «difícil de comprender», y hasta «incomprensible»²⁶ para algunos, de sus escritos constituye la condición de una distancia así, y una condición tanto más segura cuanto que esa comprensión probablemente solo tendrá lugar en un momento en el que el autor de esos

23. CI, «Sentencias y flechas», § 15. Cf. los textos preparatorios: FP IV 9[76]: «Los hombres póstumos son peor comprendidos pero mejor oídos que los actuales. O bien, con más rigor: no se los comprende nunca: y [de ahí] su autoridad (*comprendre c'est égalier*)». FP IV 12[1] (55): «los 'póstumos' — cuestión de la comprensibilidad y de la autoridad». FP IV 15[118]: «Los hombres póstumos son peor comprendidos que los adecuados a la época, pero mejor oídos. O dicho con más rigor: no llegan a ser comprendidos jamás — ¡y de ahí su autoridad!».

24. FP IV 9[76].

25. Cf. A, Prefacio, § 5: «...¡Aprended a leerme bien!».

26. Cf. GC § 371; FP IV 1[182] y 2[79].

escritos habrá desaparecido. El autor *no espera* aquí nada de sus lectores actuales, *no desea* ser comprendido de entrada por ellos, y por eso mismo no se subordina a ellos. Una distancia tal permitirá, más precisamente, seleccionar los lectores capaces no de «comprenderlo», reduciendo sus ideas a pensamientos que son, en primer lugar, suyos sino, a la inversa, de *volverse otros* y de *pensar de otro modo* del que pensaban, a través de la prueba y el aprendizaje de la lectura.

Esta es la razón por la que Nietzsche, según su propia confesión, no escribe de manera que sea fácilmente comprendido por todos, menos aún de manera de «gustar» a todos: todo «buen libro», escribe en este sentido en las *Opiniones y sentencias diversas*, «está escrito para un lector determinado y para aquellos de su especie», porque solo un libro «mediocre» «busca gustar y gusta en efecto a muchos»²⁷. Un libro solo debe estar escrito para aquellos que uno es susceptible de estimar, o que por su lectura se vuelven dignos de esa estima.

Es obvio en consecuencia que un escrito *inactual* no podrá estar escrito en primer lugar dirigido a la multitud de hombres *actuales*. Y es por lo que el autor de *Así habló Zaratustra* puede caracterizarse como un «hombre póstumo»: porque no escribe para el gran número de hombres vivos actualmente sino, ya sea únicamente para sí mismo²⁸, como lo dice a veces; ya sea solo para esos raros individuos dignos de su estima y que ha descubierto precisamente no entre sus contemporáneos sino en el seno de épocas y siglos pasados, como lo indica un fragmento de la época de *La gaya ciencia*: «Siempre que pensaba en un lector, se trataba siempre de particulares dispersos, diseminados a lo largo de los siglos...»²⁹.

La ausencia de lectores actuales es provisoriamente compensada por la invocación, o evocación, de esas grandes individualidades de las que Nietzsche se considera el hijo y el interlocutor póstumo, y con las cuales se puede establecer un diálogo. Pero también aquí, la relación con el pasado, con lectores posibles, aunque desaparecidos, lejos de ser un sinónimo de desesperanza o de renuncia respecto del presente o del futuro, es pensada por Nietzsche como la *condición* que permite también *positivamente* pensar la aparición (la formación, el adiestramiento) de lectores venideros, precisamente en la medida en que puede ser pensada como una de las *condiciones de su autoridad*.

Para comprender esto es necesario remitir por ejemplo a dos importantes textos de *Humano demasiado humano*. En el primer volumen³⁰, nos invita en efecto a considerar las condiciones inherentes a una posible «*gloria póstuma*» (*Nachruhm*) y requiere para ello que el filósofo no ceda a la facilidad de un «aislamiento soberbio»; si quiere esperar algún reconocimiento futuro, no debería contentarse como el deseo quimérico de «creerse a sí mismo con una milla de adelanto y que la humanidad entera sigue nuestro camino». Escribir para individuos desaparecidos no equivale a no escribir absolutamente «para nadie»; porque la existencia pasada de tales individuos testimonia por lo menos de la *po-*

27. OSD § 158.

28. Cf. FP IV 9[188]: «Ya no estimo a los lectores. ¿cómo podría escribir para lectores?... En cambio tomo notas, para mí...».

29. FP II 15[58].

30. HHI § 375.

sibilidad de tales lectores. Los escritos de Nietzsche son en ese sentido realmente escritos a la vez «para todos y para nadie», ya que se dirigen a un lector *posible* aunque no sea aún *real* o *actual*, ya que, como lo recuerda *Ecce homo* no son aún más que «anzuelos» lanzados al azar y a los que aún falta que ciertos lectores aprendan a «morder».

En *Opiniones y sentencias diversas*³¹ sobre todo precisa aún esta idea:

Cuidar de su pasado. — Como los hombres solo estiman en realidad todo lo que está fundado en antigüedad, lo que se ha formado lentamente, aquel que quiere sobrevivir después de su muerte debe cuidarse de tener no solo una posteridad sino, más aún un *pasado*; razón por la que los tiranos de todo tipo (también los artistas y políticos tiránicos) les place ejercer violencia a la historia para que aparezca como una preparación y una escalera que conduce hacia ellos.

Si la fuerza y la autoridad de un individuo requieren que no pretenda su autogénesis sino que, a la inversa, se inscriba en el seño de una estirpe de hombres desaparecidos de la que se presenta como heredero, y esto con el fin de no aparecer como un individuo y una voz absolutamente aislada y para poder ser *escuchado*, hay que comprender entonces que la noción de hombre «póstumo» es precisamente lo que le permite a Nietzsche decir, en sus últimos escritos, esa necesaria articulación del pasado y del porvenir, y el reconocimiento de que la obra de un hombre creador no puede efectuarse *ex nihilo* ni presentarse siquiera como tal si quiere adquirir una autoridad durable.

Allí donde la noción de «inactualidad» permitía en un principio decir el desfase del filósofo respecto de su tiempo usando un término explícitamente negativo, la noción de «hombre póstumo» permite prolongar esa exigencia expresando de manera más firme la dimensión positiva y de futuro de la tarea filosófica, recordando al mismo tiempo —de una manera implícita que hemos tratado aquí de explicitar más aún— la necesidad de que esa tarea tenga un anclaje pasado o histórico.

31. OSD § 307.